

Levy de Mauissant

LE 01 - 244

~~60238~~

6 COPIAS

Un parricida

El abogado había alegado locura. ¿Cómo explicar de otro modo aquel extraño crimen?

Habían aparecido una mañana, en un cañaveral, cerca de Chatou, dos cadáveres abrazados, una mujer y un hombre, de la buena sociedad, conocidos, ricos, ya no muy jóvenes, y casados solamente desde el año anterior, pues la mujer se había quedado viuda tras años antes.

No se les conocían enemigos; nadie les había robado, parecía que los hubieran arrojado al río desde la ribera, tras haberlos herido, uno tras otro, con un largo punzón de hierro.

La investigación no aclaraba nada. Los marineros interrogados nada sabían; ya se iba a abandonar el asunto, cuando un joven carpintero de un

(13)

pueblo vecino, llamado Georges Louis y apodado El Burgués, se entregó a la justicia.

En todos los interrogatorios, sólo respondió esto: «Conocía al hombre desde hace dos años, a la mujer desde hace seis meses. Venían con frecuencia a encargarme la restauración de muebles antiguos, porque soy hábil en mi oficio.»

Y cuando le preguntaban:

«¿Por qué los mató?»

Respondía obstinadamente:

«Los maté porque quise matarlos.»

Y no hubo manera de sacarle otra cosa.

Aquel hombre era un hijo natural, sin duda, dado a criar en tiempos en la región, y después abandonado. No tenía más nombre que Georges Louis, pero como, al crecer, resultó singularmente inteligente, con gustos y delicadezas congénitas que sus camaradas no tenían, le apodaron «el burgués» y nadie lo llamaba de otro modo. Se le tenía por notablemente diestro en el oficio de carpintero que había adoptado. E incluso trabajaba un poco como tallista. También se decía que era muy exaltado, partidario de las doctrinas comunistas e incluso nihilistas, gran lector de novelas de aventuras, de novelas con sangrientos dramas, elector influyente y hábil orador en las reuniones públicas de obreros o campesinos.

El abogado había alegado locura.

¿Cómo podía admitirse, en efecto, que aquel obrero hubiese matado a sus mejores clientes, clientes ricos y generosos (él mismo lo reconocía), que le habían encargado desde hacía dos años tres mil francos de trabajos (sus libros daban fe de ello)? Una sola explicación aparecía: la locura, la idea fija del desclasado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses, y el abogado hizo una hábil alusión al mote EL BURGUES, dado por el pueblo al niño abandonado; exclamaba:

«¿No es acaso una ironía y una ironía capaz de exaltar aún más a este desdichado muchacho que no tiene padre ni madre? Es un ardiente republicano. ¿Qué digo? Hasta pertenece a ese partido político al que la República fusilaba y deportaba antaño, que acoge hoy con los brazos abiertos, a ese partido para el cual el incendio es un principio y el asesinato un método muy sencillo.

«Esas tristes doctrinas, aclamadas ahora en las reuniones públicas, han perdido a este hombre. Ha oído a republicanos, a mujeres incluso, sí, ¡a mujeres!, pedir la sangre de Gambetta, la sangre de Grévy; su espíritu enfermo ha zozobrado; ha querido sangre, ¡sangre de burgués!

«No es a él a quien hay que condenar, señores, ¡es a la Comuna!»

Corrieron murmullos de aprobación. Se nota-

18

ba perfectamente que el abogado había ganado su causa. El fiscal no replicó.

Entonces el presidente le hizo al procesado la pregunta de rigor:

«Acusado, ¿tiene usted algo que añadir en su defensa?»

El hombre se levantó.

Era de pequeña estatura, de un rubio de lino, con ojos grises, fijos y brillantes. Una voz fuerte, franca y sonora, salía de aquél frágil muchacho y cambiaba bruscamente, con las primeras palabras, la opinión que se habían hecho de él.

Habló vivamente, en tono declamatorio, pero tan claro que sus menores palabras se hacían oír en el fondo de la gran sala:

«Señor presidente, como no quiero ir a una casa de locos, y prefiero incluso la guillotina, voy a decirle todo.

«Maté a ese hombre y a esa mujer porque eran mis padres.

Y ahora, escúcheme y júzgueme.»

* * *

Una mujer, tras haber parido un hijo, lo envió a cierto lugar para que lo criaran. Acaso ni supo a

qué pueblo había llevado su cómplice al pequeño ser inocente, pero condenado a la miseria eterna, a la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, y aun más que a eso, a la muerte, pues lo abandonaron, pues la nodriza, al no recibir ya la pensión mensual, podría, como hacen a menudo, dejarlo debilitarse, padecer hambre, morir de desamparo.

La mujer que me amamantaba fue honrada, más honrada, más mujer, más grande, más madre que mi madre. Me crió. Se equivocó al cumplir con su deber. Más vale dejar perecer a esos miserables arrojados a los pueblos de las afueras, como se arroja una basura.

Crecí con la vaga impresión de que sobre mí recaía un deshonor. Los otros niños me llamaron un día «bastardo». No sabían lo que significaba esa palabra, oída por uno de ellos a sus padres. Yo lo ignoraba también, pero me dolió.

Yo era, puedo decirlo, uno de los más inteligentes de la escuela. Hubiera sido un hombre de bien, señor presidente, quizás un hombre superior, si mis padres no hubiesen cometido el crimen de abandonarme.

Ese crimen lo cometieron contra mí. Yo fui la víctima, ellos fueron los culpables. Yo carecía de defensa, ellos se mostraron despiadados. Hubieran debido amarme: me rechazaron.

Yo les debía la vida aunque, ¿es la vida un pre-

sente? La mía, en cualquier caso, no era sino una desgracia. Tras su vergonzoso abandono, yo no les debía más que la venganza. Cometieron contra mí el acto más inhumano, más infame, más monstruoso que se puede cometer contra un ser.

Un hombre insultado golpea; un hombre robado recupera lo suyo por la fuerza. Un hombre engañado, burlado, martirizado, mata; un hombre abofeteado mata; un hombre deshonrado mata. Yo he sido más robado, engañado, martirizado, abofeteado moralmente, deshonrado, que todos esos cuya cólera ustedes absuelven.

Me he vengado, he matado. Estaba en mi legítimo derecho. Les arrebaté su vida feliz a cambio de la vida horrible que me habían impuesto.

¿Hablarán ustedes de parricidio? ¿Eran mis padres esas personas para las que fui un fardo abominable, un terror, una mancha infamante? ¿Para quienes mi nacimiento fue una calamidad y mi vida una amenaza de vergüenza? Buscaban un placer egoísta: tuvieron un hijo imprevisto. Suprimieron al niño. Me llegó el turno de hacer lo mismo con ellos.

Y sin embargo, aún poco tiempo atrás, yo estaba dispuesto a amarlos.

Hace dos años, ya se lo he dicho, el hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez. Yo no sospechaba nada. Me encargó dos muebles. Se había

informado, después lo supe, por el cura, bajo secreto, por supuesto.

Regresó a menudo; me daba trabajo y me pagaba bien. A veces incluso conversaba un poco de esto y de aquello. Yo sentía cariño por él.

A comienzos de este año trajo a su mujer, mi madre. Cuando entró, temblaba con tal fuerza que la creí afectada por una enfermedad nerviosa. Después pidió una silla y un vaso de agua. No dijo nada; miraba mis muebles con aire enloquecido, y no respondía más que sí y no, a tontas y a locas, a todas las preguntas que él le hacía. Cuando se marchó la creí algo chiflada.

Regresó al mes siguiente. Estaba tranquila, dueña de sí. Se quedaron, ese día, bastante tiempo charlando, y me hicieron un importante encargo. Volví a verla tres veces más, sin adivinar nada; hasta que un día se puso a hablar de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Le respondí: «Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron.» Entonces se llevó la mano al corazón, y cayó sin conocimiento. Pensé en seguida: «¡es mi madre!», pero me guardé bien de dejarlo adivinar. Quería verla venir.

Por ejemplo, me informé a mi vez. Supe que sólo se habían casado en el mes de julio anterior, pues mi madre había enviudado hacía tres años. Se había murmurado, sí, que se habían amado en

20

vida del primer marido, pero no existía la menor prueba. La prueba era yo, la prueba que al principio habían ocultado, y esperado destruir después.

Aguardé. Reapareció ella una tarde, siempre acompañada por mi padre. Ese día parecía muy emocionada, no sé por qué. Después, en el momento de irse, me dijo: «Le tengo a usted afecto, porque parece un muchacho honrado y trabajador; sin duda pensará usted en casarse algún día; voy a ayudarle a elegir libremente la mujer que le convenga. A mí me casaron una vez contra mi gusto, y sé cuánto se sufre. Ahora soy rica, no tenga hijos, soy libre y dueña de mi fortuna. Ahí tiene su dote.»

Y me tendió un gran sobre lacrado.

Yo la miré fijamente, y después le dije: «¿Es usted mi madre?»

Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme. El, el hombre, mi padre, la sostuvo en sus brazos y me gritó: «¿Está usted loco?»

Respondí: «Nada de eso. Sé perfectamente que ustedes son mis padres. No se me engaña así como así. Confiéselo y les guardaré el secreto; no estaré resentido; y seguiré siendo lo que soy, un carpintero.»

El retrocedía hacia la salida sin dejar de sostener a su mujer, que empezaba a llorar. Corrí a ce-

rrar la puerta, me metí la llave en el bolsillo y proseguí: «Mírela ahora, y vuelva a negar que es mi madre.»

Entonces se enfureció, se puso muy pálido, asustado por la idea de que el escándalo evitado hasta el momento podía estallar de pronto; de que su posición, su buena fama, su honor se perderían de una sola vez; balbucía: «Es usted un canalla que pretende sacarnos dinero. ¡Haga usted el bien al pueblo, ayude, socorra a semejante gentuza!»

Mi madre, enloquecida, repetía una y otra vez: «¡Vámonos, vámonos!»

Entonces, como la puerta estaba cerrada, él gritó: «Si no me abre usted ahora mismo, ¡lo haré meter en la cárcel por chantaje y violencia!»

Yo seguía siendo dueño de mí; abrí la puerta y los vi hundirse en las sombras.

Entonces me pareció de repente que acababa de quedarme huérfano, de ser abandonado, lanzado al arroyo. Una espantosa tristeza, mezclada con cólera, con odio, con asco, me invadió; sentía como una sublevación de todo mi ser, una sublevación de la justicia, de la rectitud, del honor, del cariño rechazado. Eché a correr para alcanzarlos a lo largo del Sena, que tenían que seguir para llegar a la estación de Chatou.

Pronto les di alcance. Había caído la noche, muy negra. Yo iba a pasos de lobo sobre la hierba,

de modo que no me oyeron. Mi madre seguía llorando. Mi padre decía: «La culpa es de usted! ¿Por qué se empeñó en verlo? Era una locura, en nuestra situación. Habríamos podido hacerle el bien desde lejos, sin mostrarnos. Puesto que no podemos reconocerlo, ¿de qué servían esas peligrosas visitas?»

Entonces me lancé hacia ellos, suplicante. Balbucía. «Ya ven ustedes que son mis padres. Ya me han abandonado una vez, ¿me rechazarán ahora?»

Entonces, señor presidente, él alzó la mano contra mí, se lo juro por mi honor, por la ley, por la República. Me golpeó, y, al cogerlo yo por el cuello de la camisa, sacó un revólver del bolsillo.

Lo vi todo rojo, no sé más, tenía mi compás en el bolsillo; lo golpeé, lo golpeé cuanto pude.

Entonces ella se puso a gritar: «¡Auxilio! ¡Asesino!», arrancándose la barba. Parece que la maté también. ¿Acaso sé, yo, lo que hice, en ese momento?

Después, cuando los vi a los dos en el suelo, los arrojé al Sena, sin pensar en más.

Eso es todo. Y ahora, júzgueme.

* * *

El acusado volvió a sentarse. Ante esta revelación, el asunto se aplazó para una sesión posterior. Va a celebrarse muy pronto. Si fuéramos jurados, ¿qué haríamos con este parricida?

*Un parricide, «Le Gaulois»,
25 de septiembre de 1882.*

22